

En el año 2009, Bryan Doerries y Phyllis Kaufman fundaron *Theater of War*, una compañía de teatro especializada en representar escenas procedentes de obras grecolatinas con el objetivo de abordar problemáticas contemporáneas tales como el estrés postraumático de los soldados al regresar de la guerra, la dificultosa reinserción en la sociedad de presos tras periodos de condena carcelaria, o las secuelas derivadas de la pandemia de Covid. El espíritu de esta iniciativa, que todavía permanece muy activa, se fundamenta en el poder catártico de determinados pasajes del teatro clásico y, sobre todo, en su capacidad para canalizar debates políticos y sociales de naturaleza atemporal.

Bajo una concepción del teatro griego clásico muy similar a la de la compañía de Doerries y Kaufman se encuentra la monografía *Esquilo, poeta de la guerra*. La autora, Marta González González, analiza la obra del tragediógrafo bajo una premisa principal (p. 20: “demostrar que esa consciencia de los desastres de la guerra es también aplicable a Esquilo”) que le permite combinar el estudio literario de las tragedias de Esquilo con una exploración de los temas subyacentes que conformaban la trama de las mismas: el sufrimiento derivado de los conflictos bélicos, las emociones y sentimientos de las víctimas de injusticias, las penalidades de los sectores más desamparados de la sociedad.

En la introducción del libro (pp. 11-36), Marta González asienta tanto las bases metodológicas como los presupuestos temáticos del libro, haciendo especial énfasis en el enfoque *à la Weil* que adoptará en la monografía en la medida en que entiende que es posible leer a Esquilo tal y como Weil leyó a Homero en su *La Ilíada o el poema de la fuerza*. El primer capítulo, “Nosotros y los otros: identidad y orientalismo” (pp. 37-106), analiza tres tragedias de Esquilo bajo tres perspectivas distintas. El estudio de *Los persas* se articula en torno al objetivo de desmontar la idea de que esta obra es una (p. 45) «fantasía oriental» en la que, entre otros motivos literarios, se sublima el proceso de feminización del enemigo. En cuanto a *Los siete contra Tebas*, Marta González investiga acerca del grado de responsabilidad de Edipo en la tragedia de los labdácidas, así como sobre la importancia del mito de autoctonía en esta tragedia contrastándolo con el mito de autoctonía ateniense imperante en la Atenas del siglo V a. C. Por último, la autora retoma en las páginas dedicadas a *Las suplicantes* la crítica a la lectura orientalizante de Esquilo desde una óptica política (en este caso, discutiendo la contraposición entre una democracia ateniense idealizada y el retrato del despotismo oriental que algunos críticos han creído ver en la obra de Esquilo).

En el segundo capítulo, “No hay gloria para las mujeres en la guerra” (pp. 107-144), se examina la intensidad y las maneras en que a Esquilo (p. 111)

«le preocupó reflejar el modo en el que esta se vivía por parte de las mujeres, por parte de quienes, aun sin combatir, iban a sufrir igualmente las consecuencias de las batallas, las victorias y las derrotas». A tal efecto, Marta González revisa postulados de la crítica literaria moderna en los que la mujer en la obra de Esquilo aparece estereotipada como ejemplo de irracionalidad e histeria, al tiempo que se desdeña su sufrimiento en la guerra en comparación con el del hombre. Esta misma línea de investigación se aprecia en el siguiente capítulo, “El lamento del ruiseñor y el reparto del botín” (pp. 145-189), en el que la autora contextualiza los episodios en los que personajes femeninos como Casandra, Procne, Filomela o, muy especialmente, las Danaides que aparecen en *Las suplicantes* son objeto de *hybris*, entendiendo este concepto como (p. 153) una acción que persigue «infligir deliberadamente un deshonor con el deseo de establecer la propia superioridad (...) una acción con la que se pretende deshonar a otro ser humano».

En el cuarto capítulo, “Guerras humanas y divinas: violencia, persuasión y astucia” (pp. 190-235), Marta González se centra en cómo tres conceptos clave en la cultura griega del periodo clásico -persuasión, violencia y astucia- interactúan y se superponen en varios episodios de la *Orestía*, *Suplicantes* y *Prometeo Encadenado*. El último capítulo del libro, “Seres efímeros” (pp. 236-274), replica la base metodológica del anterior, proyectándose en esta ocasión hacia la relación entre los seres humanos, los dioses y cómo nuestra condición de seres efímeros (p. 273) «coloca a los héroes en encrucijadas morales, en situaciones en las que deben elegir vías de acción sin tener, precisamente por su condición mortal, ni el tiempo ni el conocimiento necesarios para orientarse con certeza».

La monografía finaliza con unas breves conclusiones en las que Marta González destaca que (p. 277) «Esquilo se preocupó de la condición humana» en gran medida por su doble condición de poeta y soldado, con un índice cronológico de la vida y obra del tragediógrafo, y con el consabido apartado bibliográfico.

De entre las distintas dimensiones en las que se mueve el libro, se puede destacar que uno de sus principales objetivos consiste en debatir hasta qué punto la obra de Esquilo se debe seguir leyendo como un pilar fundamental de los argumentarios del discurso de alteridad cultural del mundo antiguo (y, en muchos casos, como falaz y anacrónica tesis para sustentar discursos de odio en la actualidad). El análisis diseñado por la autora para intervenir en este debate se despliega a distintos niveles. El semántico, por ejemplo, se aborda mediante el estudio del término ἄβροσύνη y el adjetivo ἄβρός (pp. 113-124), palabras que en las tragedias de Esquilo se han traducido de modo peyorativo (‘lujoso, excesivo’) cuando se aplican a personajes persas, pero que Marta González propone traducir de una manera menos connotada (‘blando, dulce’).

También destaca en el aparato analítico desarrollado por la autora la propuesta de entender el uso por parte de Esquilo de las listas públicas de los muertos en conflictos bélicos en la composición de *Los persas* como un dispositivo literario para remover el pathos de un auditorio, dado que gran parte de los espectadores habría participado en conflictos bélicos o habría perdido a seres queridos en los mismos (pp. 60-80).

Por otra parte, el libro admite varios tipos de lectura, de entre los que destacan dos niveles de interpretación: por un lado, la labor de Marta González supone un repaso necesario y actualizado de la obra de un autor mayor, a pesar de que en ocasiones se le presente como el menor de los tres grandes tragediógrafos de la Grecia clásica. Esta monografía nos recuerda que la sensibilidad artística y política (en el sentido etimológico y extenso del término) de Esquilo es distinta a la de Sófocles o Eurípides, pero en modo alguno inferior. Por otro lado, la autora incorpora claves de lectura que trascienden aspectos exclusivamente relacionados con el teatro como género literario con el objetivo de incluir en su análisis comentarios interseccionales. Resultan especialmente apropiadas las interpretaciones que atienden a estudios culturales, filosóficos o de género. En este sentido, no cabe presentar objeciones sustentadas en posibles anacronismos conceptuales, dado que la autora actúa en todo momento a nivel sincrónico acudiendo a los textos de Esquilo para interpretarlos en función de su propio contexto histórico y cultural (véase, por ejemplo, su interpretación del sentido del adjetivo *πικρός* como parte del lenguaje metafórico usado para hablar de violaciones, pp. 134-139).

El libro, en definitiva, muestra convincentemente que la obra de Esquilo es mucho más rica de lo que puede desprenderse de un análisis inicial si se lee como el testimonio de un periodo y de una sociedad marcada por los conflictos. Como la autora comenta al respecto (p. 215), «nos corresponde a nosotros no simplificar la riqueza de estas obras maestras de la tradición griega y no obviar las muchas capas del conflicto trágico».

Alberto J. Quiroga Puertas
Universidad de Granada
E-mail: aquiroga@ugr.es